



«Cum dilexisset suos, qui erant in mundo,  
in finem dilexit eos» (Jn 13,1)»

Queridos Hijos y Hermanos,

«Habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin». Con estas palabras el alma contemplativa de San Juan expresa la síntesis más profunda de lo que celebramos en esta noche y durante todo el Triduo Pascual. **Dios ama al hombre, criatura suya, y lo ama en Cristo y por Cristo, hasta el fin.** Esta es la clave para entender la multiplicidad de los acontecimientos que se van desarrollando en toda la Historia de la salvación y en este momento cumbre que ahora se actualiza en la Celebración Litúrgica. Llevado por un amor hasta el extremo, el Verbo baja de su gloria divina hasta la extrema miseria de nuestra caída y haciéndola suya, la cura definitivamente. Arrodillándose ante nosotros y haciéndose como «esclavo nuestro», Jesús lava nuestros pies inmundos —signo que expresa el perdón de los pecados—, haciéndonos dignos de sentarnos a su mesa, a la Mesa sacrificial de la Eucaristía. El baño con que nos lava es Él mismo, su Sangre, que se entrega totalmente a nosotros, desde lo más profundo de su sufrimiento y de su muerte. En los sacramentos de la purificación —el Bautismo y la Penitencia— Él está continuamente arrodillado ante nuestros pies y nos presta el servicio de esclavo, el servicio de la justificación y redención.

El lavatorio de los pies viene a ser entonces no solamente un acto de humillación de parte del Verbo hecho hombre. Es también una acción con la que Jesús desvela el sentido de su próxima muerte para nuestra Redención. Cuando San Pedro se niega a recibir este servicio de parte del Señor, fiándose de su propio juicio (cosa muy peligrosa por cierto), Él le responde: «Si no me dejas que te lave los pies, no tendrás parte conmigo» (Jn 13,8). En otras palabras, lo que Cristo está a

punto de hacer es tan importante y trascendental, que retirarse o estorbárselo sería, aun por una supuesta humildad, romper con Jesús. Pedro, al igual que todos nosotros, necesita ser lavado por el Señor para quitar de sí toda mancha y ser partícipe de Cristo, de su vida y de su filiación; en definitiva, para ser salvado. Aquella acción de servicio humilde de Jesús, simboliza su anonadamiento hasta la muerte, su sacrificio total por la salvación de los hombres: «El Hijo del hombre no ha venido para hacerse servir, sino para servir y dar su vida en redención *por muchos*» (Mt 20,28). No hay auto-redención posible, porque el hombre, cubierto de fango y reducido a esclavitud por el pecado, ni puede lograr por sí solo la pureza necesaria para presentarse ante Dios, ni menos aun puede reclamar para sí la dignidad sublime de hijo de Dios. Es menester aceptar el don de la muerte de Cristo, dejarse lavar por Él.

«Vosotros estáis limpios, pero no todos», dice el Señor (Jn 13, 10). En esta frase se revela el gran don de la purificación junto con el misterio oscuro del rechazo, que con la historia de Judas se hace presente. El amor del Señor no tiene límites, pero el hombre puede ponerle un límite. Más aun, puede rechazarlo. El hombre, y luego la sociedad, pueden darle la espalda a Cristo Nuestro Señor, con desprecio a un amor divino expresado hasta el extremo de la Cruz. «Estás limpios, pero no todos» Es la apostasía actual de nuestra sociedad occidental. Pero, ¿Qué es lo que hace impuro al hombre? Es el rechazo del amor, el no querer recibir el don de Dios que se ha abajado. Es la soberbia que cree que no necesita purificación, que se cierra a la bondad

salvadora de Dios queriendo salvarse a sí mismo. En Judas vemos con gran claridad la naturaleza de este rechazo. Judas, como nuestro mundo, elige el amor a las riquezas por sobre el amor a Dios y escoge al mismo tiempo el camino de la mentira «engañando» a Aquél que es la Verdad. De este modo Judas y todo hombre establemente en pecado mortal se endurece, se hace incapaz de conversión, del confiado retorno del hijo pródigo, y arruina su vida. Luego pierde la esperanza y viene el desenlace obligado: el suicidio.

El Señor hoy nos pone en guardia frente a la autosuficiencia, que pone un límite, un obstáculo, un rechazo a su amor ilimitado. Aunque Cristo se encuentra ahora en la Gloria del Padre, perpetúa su humillación por medio de su Cuerpo, que es la Iglesia. Ella permanece de rodillas llamando al hombre actual, errante por caminos lejanos, a retornar a casa, a la comunión con el Padre. Nos invita a permitir a su bondad purificadora que nos levante y nos haga entrar en la comunión de la mesa con Él, en el banquete Eucarístico. «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

Pidamos al Señor que nos ayude a comprender este misterio sublime de la humildad de un Dios que se rebaja a lavarnos de nuestros pecados por un amor hasta el Extremo. Que aceptemos el don de Dios que ha querido quedarse en la Eucaristía y a corresponder a amor tan grande. Pidámosle que nos atraiga con la santa comunión cada vez más hacia Sí mismo. Pidámosle que nos ayude a no retener nuestra vida para nosotros mismos, sino a entregársela a Él y a nuestros hermanos. Pidámosle para que todos los hombres se abran a la vida, la vida verdadera sobrenatural que sólo puede venir de quien es Él mismo el Camino, la Verdad y la Vida. Que María Santísima, que probablemente participó de la Eucaristía con San Juan y los discípulos, nos alcance la gracia de comprender y vivir tan grandes misterios con alegría desbordante, todos los días de nuestra vida. Amén.